

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 428

Barcelona, 5 de Abril de 1938

Av. 14 de Abril, 556

Pero no se habla sólo en este texto de

la monstruosa partida de asesinos que "trabaja" para Franco, sino de los que han ido, de Bélgica y de otras partes, a verlos actuar en su propio campo.

Los "reportajes" de la España nacionalista

Ya señalamos, a raíz de su publicación en el *Vingtième Siècle*, los excelentes artículos en los cuales M. Emile Hambresin analizaba lo que se ha dado en llamar «el drama español». Subrayamos entonces el esfuerzo leal de un joven católico que, a pesar de la posición tomada por gentes de su cuerda, quiso darse cuenta sobre el terreno de la situación en los dos campos.

Es sabido que M. Hambresin, aun representando al *Vingtième Siècle*, es decir, un periódico que, desde el comienzo de la guerra civil tomó partido por los destructores de Guernica y de Barcelona, sólo pudo llevar a cabo una parte de la misión informativa que se había asignado.

En efecto, si bien las autoridades republicanas le acogieron cortésmente y le permitieron visitar, sin la menor dificultad, los territorios que gobiernan, no ocurrió lo mismo con sus adversarios. ¡He aquí cómo se explica a este respecto M. Hambresin, en *La Terre Wallonne* (marzo de 1938):

«El embajador oficioso de Franco en Bruselas me negó el salvoconducto, afirmando que los grupos del *Vingtième Siècle* y de la *Cité Chrétienne*, a que yo pertenecía, «apoyaban solapadamente al bolchevismo» y que deseaba evitar otro contratiempo parecido al del reportaje de M. Hoornaert de la *Libre Belgique*. (Como se recordará, M. Hoornaert, que era franquista cien por cien cuando comenzó el viaje, regresó un tan-

to decepcionado, y expresó su indignación en un artículo titulado «La guerra sin prisioneros», en el cual reveló que los fascistas asesinaban despiadadamente a todos los prisioneros republicanos.)

«Para ser más preciso, el representante de Franco en Bélgica añadió—reproduzco sus propias palabras—: «No dejaré marchar más que a aquellos periodistas de los cuales esté seguro de antemano de que se callarán si ven algo que no esté bien». Después de una violenta diatriba contra la prensa católica, se despidió de mí diciendo: «Tome usted ejemplo de *Le Jour* del señor Bailby, que anuncia la caída de ciudades «rojas» quince días antes de que ocurra. Así se defiende nuestra causa cuando se ha comprendido la santidad de nuestra rebelión».

¡La santidad de nuestra rebelión! ¿No os produce eso náuseas?

Pero no se habla sólo en este texto de la monstruosa partida de asesinos que «trabaja» para Franco, sino de los que han ido, de Bélgica y de otras partes, a verlos actuar en su propio campo. Lo que revela M. Hambresin de la independencia y la libertad en que se dejó a los periodistas que visitaron la España nacionalista, autoriza todas las deducciones en cuanto al valor de sus «reportajes».

Fr. G.

(«Le Peuple», Bruselas, 31-III-1938.)

DOS TONOS

Mussolini habla con dos tonos de voz. A Mr. Chamberlain le susurra palabras de paz y de amistad. En el Senado romano, habla de manera estruendosa de la preparación para una guerra rápida.

¿Qué tono de voz hay que creer? El pueblo de España y el de Abisinia conocen la respuesta.

Puede hablar de paz; pero se vanagloria de que ha de ser la «suya». Puede concertar acuerdos; pero proclama que lo que verdaderamente importa a los pueblos, es su potencia guerrera.

Es verdad que esta vena oratoria se adapta al gusto de ese auditorio, al cual le agrada que se exalte su patriotismo. Es verdad también que ladrar no es morder. Pero en Abisinia y en España, el Duce ha mordido salvaje y traidoramente.

Y habla con franqueza cuando dice que esas campañas son preparatorias de otras y que los bombardeos de España han sido un entrenamiento excelente para «varios centenares» de sus aviadore. Mr. Chamberlain haría bien en preguntarse qué valor tienen los convenios o los acuerdos amistosos con un hombre semejante.

(«Daily Herald», 31-III-1938.)

El sombrío panorama de la España invadida

Los hombres son explotados y las mujeres vejadas

Los facciosos han creado Batallones de Trabajadores para fortificaciones y otras tareas. Nadie pensará que estas unidades se nutren, como entre nosotros, por esforzados voluntarios de todos los oficios. En la zona fascista no hay voluntarios más que para el crimen o la rapiña.

Los Batallones Obreros de Franco están constituidos por individuos a quienes se les brinda el dilema de trabajar para el fascismo o perecer fusilados. Así, la elección no es dudosa. También son extraídos para estas organizaciones muchos presos. De la cárcel de San Marcos (León), son sacados con frecuencia elementos que en ella vienen pasando meses terribles y que ahora tienen que soportar agotadoras jornadas. Del mal trato que reciben estos desdichados, se puede juzgar por el hecho de que apenas si reciben alimentación. No hace mucho, un sargento se apiadó de estos hombres y, acercándose humildemente al capitán, le dijo:

—Son las tres de la tarde. Están trabajando sin cesar desde el amanecer y todavía no han desayunado.

Lejos de sentir compasión, aquel bárbaro oficial, repuso:

—Si no comen, no importa. Eso a mí no me interesa. Lo importante es ganar la guerra.

El sargento no se atrevió a hacer ninguna otra indicación.

En toda la zona facciosa, la gente está cansadísima de la guerra. Esta no proporciona más que hambre y miseria. El odio a los extranjeros va aumentando de día en día. No hay quien tenga una peseta y el que la tiene sabe que carece de valor, porque el papel moneda de Franco no representa ninguna garantía real.

Las mujeres tienen a los moros un pánico justificadísimo. En la población donde hay fuerzas marroquíes, las mujeres honestas se esconden temerosas.

Las mujeres que pertenecieron a entidades antifascistas, son sometidas a las mayores y más repugnantes vejaciones. A muchas las obligan a limpiar los suelos y hacer las faenas domésticas en las casas de los falangistas.

Ministerio de Defensa Nacional

Copia de los telegramas facilitados ayer

En el Ministerio de Defensa Nacional han facilitado copia de los siguientes telegramas:

«General jefe Ejército Centro a Ministro de Defensa Nacional.—En la ofensiva iniciada por este Ejército en el sector de Guadalajara, las tropas que constituían el 4.º Cuerpo de Ejército, todas ellas extraídas de las trincheras, han demostrado entusiasmo y han luchado con una moral elevadísima, a pesar de la desigualdad de material empleado por el enemigo, que constantemente ha mantenido en vuelo de cuarenta a cincuenta aparatos de bombardeo. Estas operaciones se han desarrollado con un feliz resultado, conquistando al enemigo varias posiciones importantes, perfectamente atrincheradas.—El Mayor Cipriano Mera, que manda el Cuerpo de Ejército ejecutante, ha actuado con una pericia y un entusiasmo imposibles de superar, inculcando a la tropa el entusiasmo y elevando la moral de forma magnífica, con lo cual ha sido posible el éxito.—Por todo esto me permito proponer a V. E. el ascenso a Teniente coronel del expresado Mayor, por creer el Jefe que suscribe que ha contraído méritos para ello.—Salúdale.»

«Ministro Defensa Nacional a General jefe Ejército Centro.—He recibido con profunda satisfacción su te-

legrama en que, al darme cuenta del éxito de las operaciones realizadas en el sector de Guadalajara, me propone V. E. el ascenso a Teniente coronel del Mayor de Milicias, Cipriano Mera. Ante todo, felicito a V. E., al Estado Mayor del Ejército del Centro, al Mayor Mera y a las tropas que éste manda, por el triunfo logrado. Con extraordinaria complacencia llevaré al Consejo de Ministros el decreto ascendiendo a Cipriano Mera. Me congratula mucho haber acertado cuando atribuí a este Jefe el mando del IV Cuerpo de Ejército.—Encarnación viva del pueblo, Cipriano Mera, aparte de los méritos que ha contraído al frente de sus tropas en estas operaciones, tiene el de haberse sumido por entero en nuestra lucha, desprendiéndose, circunstancialmente, de su particular filiación ideológica, para adoptar simplemente el apelativo genérico de antifascista, por estimar que así puede establecerse entre todos los combatientes una fuerte vinculación que, eliminando las diferencias políticas, haga efectiva la unidad espiritual indispensable a todos los ejércitos.»

«Jefe IV Cuerpo Ejército a Ministro Defensa Nacional.—En uso de las atribuciones que me han sido concedidas por V. E., he tenido a bien otorgar la «Medalla del Valor» al Mayor don Miguel Palacios, Jefe de la 5.ª División; al Mayor don Rafael Gutiérrez, Jefe de la 14 División; al Mayor don José Román, Jefe de la 98 Brigada Mixta, y al Mayor don Bonifacio Sánchez Roca, Jefe del 8.º Batallón de la 2.ª Brigada Mixta; y la «Medalla del Deber», al Mayor don Liberino González, Jefe accidental de la 2.ª Brigada. Envío el oportuno expediente, por si tiene a bien V. E. confirmar dichas recompensas.»

Ministro Defensa Nacional a Jefe IV Cuerpo, Ejército.—Confirmo las recompensas a que se refiere su telegrama y felicito a usted, a los jefes recompensados y a todas las tropas de ese Cuerpo de Ejército por el triunfo alcanzado.»

En la página cuarta:

¿Por qué cogió el fusil mister Flint?

EL "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente.

Crónica semanal de política internacional

España es nuestra preocupación

Alemania e Italia han enviado recientemente copioso material de guerra al frente de Aragón; nuevas fuerzas italianas, bien provistas de armamento y varios miles de alemanes especializados, han desembarcado también en los puertos rebeldes.

CON EXCESIVA VENTAJA MATERIAL HAN COMENZADO LOS FACCIOSOS SU SEGUNDA OFENSIVA HACIA CATALUÑA

Las tropas republicanas que desde hace muchas semanas se mantenían en sus posiciones, ceden palmo a palmo el terreno, que defienden en combates durísimos. Sin embargo, ningún lugar del frente ha sido roto; en todas partes se sostienen las líneas. El plan estratégico de los rebeldes para abrir una brecha al Ejército del pueblo, fracasa. Es admirable la heroica resistencia de las tropas gubernamentales, y digno de elogio su juicioso mando. Llevan a cabo sacrificios, únicos en la historia de las guerras, y a pesar de la gravedad de la situación, que aún puede aumentar, se espera, gracias al comportamiento del Ejército y la retaguardia, un notable cambio. Y con mucho más motivo, ya que la demanda de armas formulada por el Gobierno de la República española no puede caer en

el vacío. A la solidaridad de todos los antifascistas, de todos los verdaderos demócratas y amigos de la libertad se dirige el primer llamamiento serio para ayudar al pueblo español. Nadie puede negar que la guerra en España es del mayor interés para la situación política de toda Europa. Tampoco nadie, que esté seriamente interesado en el asunto, tiene motivos para dudar de que los derrotistas son los traidores más peligrosos. Situaciones como las que se viven hoy, no son únicas en la historia. Los frentes están aún a más de 120 kilómetros de Barcelona; en septiembre de 1914, las tropas alemanas estaban a 20 kilómetros de París y se operó el «milagro» en el Marne; recordemos los días de Madrid en noviembre de 1936 y los de Guadalajara en marzo de 1937. La ayuda al pueblo español es necesaria y no consiste en quejas ni desesperaciones, en vista de cómo lucha el Ejército del Frente Popular.

Al mismo tiempo, las tropas republicanas han iniciado ofensivas con buen resultado en otros frentes y actualmente se han acumulado muchos hombres para oponerse a la caída de Cataluña.

(«National Zeitung», 3-IV-1938.

En el campamento de prisioneros de Tarancón

Cómo trata la República a los enemigos que capturó en los campos de batalla

(De nuestro corresponsal en Valencia.)

Los mismos prisioneros, antes de explicarnos el régimen de este campamento, espontáneamente declaran:

—Se nos da buen trato y ello nos mueve a proclamar la generosidad de la República para con los prisioneros de guerra.

En estas frases se expresa el reconocimiento del espíritu humanitario del pueblo democrático. A nadie extrañaría que en los momentos pasionales de una guerra en la que la República española, agredida, defiende su independencia nacional, sintiera impulsos de severidad hacia los enemigos que, en lucha armada contra ella, cayeron en su poder durante los cruentos combates.

—La República es bondadosa con nosotros—insisten los prisioneros—, nos proporciona tranquilidad, buena alimentación y trabajo. No podemos pedir más.

Algunos jefes y oficiales prisioneros, cuando hablan así, muestran su remordimiento y reconocen una circunstancia en la que ellos no habrían creído hasta ahora: la infinita superioridad moral de la República sobre el espíritu de despotismo que se alzó en armas contra ella.

Con respecto al trabajo que realizan, nos hablan los prisioneros con nueva expresión de gratitud. Las autoridades republicanas, que podían tratar a los vencidos con la crueldad de una explotación agotadora, no sólo no lo hacen así, sino que respetan, en beneficio de ellos, la jornada legal de ocho horas. Es decir, que los prisioneros de guerra disfrutan de una ventaja social que accidentalmente no rige para los trabajadores republicanos que, en su fervor antifascista, laboran intensivamente.

Puede concretarse así el régimen del campamento: ocho horas de trabajo al aire libre, en las obras de construcción del ferrocarril Madrid-Valencia; descanso adecuado; previsión sanitaria, que releva de la tarea a aquéllos para los que el esfuerzo corporal puede significar una merma en su salud; asistencia médica eficaz, y, en definitiva, elevación moral del prisionero, que en vez de verse confinado en un hacinamiento depresivo y represivo—normas del fascismo en estos ca-

sos—, vive en la dignidad humana del hombre trabajador, y así puede sentir la satisfacción y hasta el orgullo de ser útil a la sociedad.

ALIMENTACION DE LOS PRISIONEROS

En uno de los amplios pabellones que se elevan en estos saludables parajes montañosos, se halla instalada la cocina del campamento. Son las primeras horas de la tarde, y los diez prisioneros encargados de condimentar la comida para sus compañeros y para los funcionarios, han iniciado los preparativos de la cena. Varios corderos desollados penden del techo y pronto serán troceados con destino a las marmitas. En un departamento contiguo están los depósitos de aceite, patatas, habichuelas, lentejas, arroz, naranjas y verduras. Aquello es como una gran despensa bien surtida, en la que no se advierten las naturales restricciones de la guerra.

—¿Y guisan ustedes carne con frecuencia para los prisioneros?

Los cocineros responden con la naturalidad de quien se refiere a un hecho normal:

—Casi a diario. Y cuando no hay carne, tenemos bacalao.

El estado sanitario—según datos que hemos comprobado en la dirección del campamento—es excelente, como resultado, no sólo de la vida saludable en aquellos montes y de la conveniente nutrición de los prisioneros, sino también, en gran parte, de la perfecta organización de los servicios de Medicina e Higiene.

Cuatro médicos y dos practicantes prestan allí sus servicios facultativos. Una brigada de prisioneros está encargada de las tareas de limpieza y saneamiento de los pabellones, que son bañados a diario y desinfectados con frecuencia. Además de los lavaderos, tanto para la ropa como para el aseo personal, se está terminando la completa instalación del departamento de duchas.

Así tiene la República a los prisioneros de guerra. Y así lo proclaman éstos, con ruego que se presta a lógicas meditaciones: ellos desean que no divulguemos sus nombres por temor a que éstos lleguen a conocimiento de las autoridades fascistas.

—Casi todos ellos—nos dice el Di-

rector del campamento en apoyo de los peticionarios—tienen sus familias en el territorio rebelde.

Nada añaden a esto los prisioneros; pero la expresión de aquel deseo de que sus nombres no vayan unidos a una manifestación de gratitud a la República, da a entender el conocimiento que ellos tienen de que la represión cruel, característica del fascismo, caería implacable sobre sus familias. Ellos, que conocen bien a los fascistas, en cuyas filas lucharon, resultan testigos de mayor excepción cuando se creen en el caso de prevenirse contra un peligro que tiene su origen en el espíritu de ferocidad de la tiranía fascista.

El terrorismo fascista en Euzkadi

Los procedimientos de justicia aplicados

II

Entre los que cayeron durante la represión «incontrolada», pero que contaba con la aquiescencia de las autoridades, y en muchos casos con la intervención material de éstas, hay que señalar los que fueron víctimas de la venganza, de la sed de sangre de los requetés navarros y los asesinos por las «Checas», organizadas por los requetés, los falangistas y las mismas autoridades. Una simple delación, la más pequeña sospecha, bastaba para eliminarlos sin demora.

De cómo se procedía en el primer caso puede dar idea el siguiente ejemplo, absolutamente verídico.

Beasain (Guipúzcoa) fué ocupada, en la mañana del 27 de julio del 36, por los requetés después de una resistencia de tres horas. A los pocos momentos fueron fusilados en el cementerio 25 personas, entre las cuales había dos tradicionalistas destacados de la localidad (don Guillermo Ugarte y don Andrés Izaguirre), ejecutados por permitirse hacer unas ligeras observaciones a unos soldados.

Es decir, la menor indiscreción costaba la vida. El párroco de dicha villa, don Florencio Axpe, también tradicionalista, estuvo a punto de ser fusilado, por intervenir en favor de aquellos dos ejecutados, en el momento en que se iba a proceder al fusilamiento.

LAS CHECAS

A éstas se debe la inmensa mayoría de las ejecuciones bajo el poder fascista. En general, bastaba una denuncia cualquiera—en muchas localidades vascas se confeccionaban listas negras de convecinos—para llevar a cabo las trágicas redadas a domici-

lio—generalmente de noche—en busca de los designados.

No se cumplía, como puede apreciarse, trámite alguno. La orden de ejecución dimanaba muchas veces del criterio personal de los componentes de la «Checa», cuando no de las organizaciones respectivas. No había criterio, ni norma, ni procedimiento jurídico que lo dictaminara. En Pamplona, por ejemplo, se formó un Comité, compuesto por representantes del Gobernador militar, Falange y Comunión tradicionalista, que se encargaba de revisar las fichas de las personas catalogadas como sospechosas y a las que previamente se había detenido. Si el informe de dos de estas representaciones era desfavorable, se entregaba al inculpa-do a una de las «Checas» encargadas de su ejecución.

Estos asesinatos se realizaban algunas veces en pleno día. En Pamplona, por ejemplo, el lugar designado era la llamada «Vuelta del Castillo», y acudía mucha gente a presenciarlos, incluso señoritas.

Otros puntos de ejecución son, en Navarra, la Cuesta del Perdón, los alrededores de Caparroso (donde hay enterrados 621 cadáveres), las Bárdenas y proximidades de Echarri-Aranaz. En Guipúzcoa, el cementerio de Hernani y los montes próximos a Oyarzun, entre otros muchos. En Vizcaya, el cementerio de Derio, Iratibari y la cuesta de Castrejuna; y en Alava, la carretera que va de Vitoria a Zambrana. Muchas veces, la trágica expedición nocturna no tenía necesidad de llegar a su destino: un tiro en la nuca, dentro del mismo coche concluía con la vida del desgraciado, siendo abandonado su cadáver en la carretera.

(Continuará.)

La labor sanitaria de la República

La Sanidad, función exclusiva del Estado

Antes del movimiento fascioso los organismos rectores de la Sanidad del Estado entendían que la función que les estaba encomendada debía quedar exclusivamente reducida a la lucha contra epidemias y enfermedades de carácter social. Para atender éstas últimas, la organización fué siempre más caritativa que encaminada a la defensa de la salud pública.

Al quedar fusionados los servicios de Sanidad y Asistencia Social, e incorporarse el Hospital de la Beneficencia General, antiguamente llamado de la Princesa, a los servicios de Sanidad, se mantuvo esta organización sin conexión alguna con los restantes servicios, como un apéndice artificial, a consecuencia de una concepción equivocada.

—¿Qué se ha hecho en ese sentido, después de julio de 1936?

—Después de julio de 1936 y, más aún, al constituirse el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social en noviembre del mismo año, la creación de Consejos provinciales y Municipales con un contenido revolucionario, que ya el Gobierno de entonces quiso dar a su política sanitaria, encomendó a éstos la instalación, vigilancia y orientación de hospitales de tipo general.

—¿Cuál ha sido la reforma acometida después de esa fecha?

—Al separarse, en mayo de 1937, los servicios de Sanidad de

los de Asistencia Social, en función de un nuevo concepto de lo que la Sanidad Pública debe ser—concepto que se definió más tarde por Decreto de 6 de agosto de 1937—, obligó a recabar para el Estado la garantía de una nueva y adecuada asistencia, no sólo a los enfermos de afecciones relacionadas con las luchas, sino también a los de las llamadas enfermedades generales.

—¿Cuál debe ser y será, en la nueva legislación sanitaria, la función del Estado en estos problemas?

—Defender la salud pública no es atender solamente a las enfermedades epidémicas contagiosas. Muchas son consecuencia de las condiciones sociales del medio, y, en cierta manera, cabe también al Estado la responsabilidad de su origen por no haber ejercido vigilancia sobre las circunstancias que las determinan, e impedido su aparición. Por otra parte, el carácter técnico de la función obliga al Estado a ejercer la debida inspección, y aun a asumir, en muchos casos, la dirección de los servicios.

—¿Qué consecuencias inmediatas ha tenido esta concepción política de la «sanidad»?

—Consecuencia de esta concepción política es el hecho de que, en octubre de 1937, funcionaban ya los siguientes hospitales de asistencia general con cargo al Estado:

Instituto Nacional del Cáncer (Madrid), 100 camas; Hospital Nacional de Cirugía, 350 camas; Hospital Nacional Infantil (Madrid), 350 camas; Hospital Nacional de Medicina, 350 camas; Hospital de Refugiados de Valencia, 250 camas; Policlínica Roldán de Cartagena, 250 camas; Hospital de Alcañiz (Teruel), 100 camas; Hospital de Barbastro (Huesca), 150 camas; Hospital de Caspe (Zaragoza), 100 camas; Leprosaría Nacional de Fontilles, 350 camas; Internado Dermatológico de Moncada, 100 camas; Instituto Oftálmico de Madrid, 250 camas; Maternidad de Carcagente (Valencia), 50 camas. Total de camas aumentadas, 2.750.

Por encontrarse en instalación, funcionarán en abril de 1938:

Hospital de Lorca, 100 camas; Hospital de Gandía, 100 camas; Hospital de Villarrobledo, 100 camas; Instituto Oncológico madrileño, 50 camas. Total de camas en instalación, 350.

—¿Qué proyectos inmediatos tiene la Subsecretaría de Sanidad sobre este asunto?

—La creación de una red hospitalaria general que comprenda todo el territorio leal, y donde queden perfectamente encajados los servicios nosocomiales de carácter provincial y municipal que deban ser mantenidos por sus condiciones de instalación y funcionamiento.

SPANISH TESTAMENT

Por Arthur Koestler

(Continuación)

Durante meses han estado juntos como siameses: al dormir, al despertarse y en el desempeño de las funciones íntimas.

Pero hace tres noches que no hay ejecuciones.

VIERNES, 7 DE MAYO

Esta mañana me llevaron al médico por segunda vez. Me miró moviendo la cabeza furioso, porque mis síntomas no encajan en ninguna de las formas de «camelancia» y fingimiento que conoce. Le irritó, sobre todo, que le contestara que me encuentro muy bien y que yo no he pedido que me llevaran a verlo, puesto que sé que no existen medicinas para curar la *angina pectoris*. Pensé que al menos ante mis inconfundibles síntomas, se daría cuenta de su responsabilidad y me mandaría al hospital. Realmente mi aspecto es fantástico, un esqueleto de los dibujos de Walt Disney. Cuando volví por el pasillo, todos me miraban con horror.

Pero no tuve suerte. Después de mucho reflexionar, el médico me hizo sacar la lengua. Estaba tan blanca como si la hubiese envuelto en harina. Esto le inspiró súbitamente.

—Ya sé—le gritó con júbilo a sus ayudantes «este hombre ha estado tomando éter».

Le pregunté con risa dónde se figuraba que me lo había procurado. Dijo que los presos me lo daban por la ventana.

Imagino que acababa de leer mi registro tropezando con lo de las agujas de inyecciones y quizás también con lo de los calcetines de mujer.

Pero el asunto tuvo consecuencias desagradables. Carlos y yo fuimos trasladados a la celda 30, que da al patio grande. Cortaron nuestros colchones y nuestra ropa en busca del éter. Convencido de mi inocencia, me puse a protestar cada vez más fuerte y Carlos a apoyarme. Por fin, tuvo un ataque de furia que, gracias al lamentable estado de mis nervios, sólo fué medio fingido. Acudieron media docena de carceleros, entre ellos el de la cicatriz, verde de rabia; pero ninguno de ellos se atrevió a tocarnos. Supongo que esto se debió a la presencia de Carlos; el espíritu de Mussolini se extiende, sin duda, sobre nosotros con los brazos abiertos.

En vista de que no encontraron nada, se contentaron con tapiar la ventana para impedir que el éter pasara por ella. Nos estábamos todo el día en la oscuridad, cantando *Gaudeamus igitur* y canciones estudiantiles austriacas.

Los dos estudiamos un trimestre en la Universidad de Viena.

Le pedí a Carlos que me excusara por haberle metido en este enredo, pero dice que el asunto está empezando a divertirse. Además así come doble ración. Mientras tanto, yo me envuelvo la cabeza en la manta para no verle ni oírle.

Hoy hace trece días.

Carlos es una adquisición. No sé cómo hubiera soportado sin él estos últimos días. Ha recortado otra esvástica en papel de fumar y una bandera rebelde en una caja de cerillas; lleva ambas en el ojal.

SABADO, 8 DE MAYO

Me han interrogado por primera vez.

A la una, mientras Carlos estaba en el patio, yo me sentí tan débil, que me adormilé. Esto contravenía la inflexibilidad de mis leyes respecto al sueño; pero mi debilidad es tan grande, que me duermo a menudo sin darme cuenta, sentado e incluso hablando.

A la una y media me despertó la puerta al abrirse. El «Venga» sonó en un tono más frío y más oficial que nunca.

Me llevaron al despacho. Allí estaba un oficial y un taquígrafo de uniforme. No contestaron a mi saludo, ni siquiera me ofrecieron sentarme. Comprendí en seguida que era el juez militar. Hacía tiempo que me figuraba la escena.

Les dije que estaba enfermo, que necesitaba sentarme y que no contestaría a una sola pregunta mientras no me trajeran una silla. El oficial se encogió de hombros y accedió a mi deseo.

Tenía ante él una gruesa pila de documentos; cuando la abrí conseguí leer en el rótulo de la cubierta mi nombre; luego el delito del que se me acusaba: «Auxilio a la rebelión militar».

Para este delito, yo sabía que en los Consejos de guerra de Francia sólo existía una sentencia: la muerte. Sin embargo, me sentí aliviado. El que renunciase por propia iniciativa al cargo de espía, me pareció un signo favorable.

El interrogatorio duró unas dos horas. Emplearon lo menos media en intentar hacerme admitir que el *New Chronicle* es un periódico comunista. La ignorancia del interrogador era asombrosa. Estaba convencido de que un periódico leal al Gobierno español, tenía que ser comunista a la fuerza. El interrogatorio degeneró en discusión. Luego, cuando comprendió que se había puesto en evidencia, echó mano de toda su malicia.

Las preguntas restantes se refirieron a mi primera visita a Sevilla, mi viaje a Málaga, etc. Me negué a hablar de las razones psicológicas que me indujeron a quedarme en Málaga. Dije que Miss Helena había tomado nota de todo ello.

En todo lo que dije me atuve a la verdad, salvo en un punto: el de quiénes me proporcionaron el material para mi primer libro sobre España. Dije que la «Liga de los Derechos del Hombre» y otras organizaciones liberales pusieron sus datos a mi disposición; luego firmé este atestado confiando en la buena fe de esas asociaciones. Todo esto es mentira. Pero la verdad hubiera puesto en peligro las cabezas de varias personas del territorio rebelde.

Me preguntó qué clase de gente era la que tenía en sus manos la «propaganda roja» en Inglaterra. Le di una lista de nombres que aparecen a menudo en mítines y actos públicos: profesores de Universidad, nobles, títulos, etc. Cuando llegué a su excelencia la duquesa de Atholl, tuvo más que suficiente.

Al terminar el interrogatorio, dijo:

—¿Le arrestaron la primera vez que estuvo en territorio nacionalista?

—No.

—Es extraordinario—comentó.

Así concluimos.

Salí del interrogatorio muy satisfecho. Al empezar tuve mucho miedo; pero la estupidez del interrogador me hizo recobrar confianza en mí.

Le conté a Carlos la historia; pero era mal público. Su nerviosidad aumentaba por momentos. Por fin dijo que no comprendía que pudiera estar tan satisfecho sabiendo que se me acusaba de «auxilio a la rebelión militar»; y que todo eso era terrible.

Sus palabras me sentaron como si me echaran un jarro de agua fría y le escribí al Cónsul un S.O.S. urgente. La primera vez que vino a verme, convinimos una señal de peligro; si yo subrayaba la fecha, significaría S.O.S. Escribí una carta banal e incluí en ella este signo.

DOMINGO, 9 DE MAYO

Carlos empieza a fastidiarme. Se pasea por la celda y comprendo que me mira como a un muerto. Me trata con un respeto y una consideración exagerados, que me atacan a los nervios. Siempre prefiero una enfermera áspera a una demasiado compasiva. La compasión es el eco de la propia desgracia y sólo consigue cuatuplicarla.

LUNES, 10 DE MAYO

Vino el Cónsul. Parece que a él también le ha inquietado mi interrogatorio. Aun no han conseguido que Franco asegure no fusilarme. Dice el Cónsul que mi fusilamiento no tiene para él la suficiente importancia para que por causa suya se arriesgue a ofender al Foreign Office. Claro que es un consuelo demasiado vago. Le pregunté si no cabría la posibilidad de canjearme con algún preso del Gobierno de Valencia; pero dice que en las actuales circunstancias no lo cree fácil.

Durante la conversación advertí que me mareaba a menudo y que no recordaba lo que se había hablado. Tras quince días de

ayuno, la cosa no es de extrañar. Pero debí hacerle una absurda impresión a mi visitante, pues noté que me miró varias veces con asombro e incluso con irritación.

En vista de esto, he decidido volver a comer. Lo principal es conservar la cabeza clara hasta que se celebre mi juicio. Y si esto no sirve, al menos hacer buen papel.

MARTES, 11 DE MAYO

Es extraordinario lo de prisa que se recobran las fuerzas comiendo. Hoy estuve en el patio por primera vez desde hace una semana. La actitud de los dos españoles me ha horrorizado. Carlos les dijo ayer que se acercaba mi juicio y me saludaron con forzado optimismo. Dijeron que me ocurriría lo mismo que a ellos: me sentenciarían, pero no ejecutarían la sentencia. A más, ya me sentencié a muerte un Consejo de guerra y no me fusilaron; según ellos, eso me inmunizaba contra la segunda sentencia; era algo así como la vacuna contra el cólera.

Mientras hablaba, no pude menos de recordar nuestra conversación con Nicolás la víspera de su ejecución.

Ahora me doy cuenta de lo relativamente a salvo que me sentía las últimas semanas. En adelante, volveré a contar mis botones y a obsesionarme con el paseo sobre los ladrillos. Si piso en medio, todo irá bien; pero si piso las rayas...

No existe ninguna ley, ni en la orden monástica más austera, que condene a un hombre al purgatorio y luego de haberlo pasado, lo mande al infierno otra vez.

MIÉRCOLES, 12 DE MAYO

Hace diez minutos que me han dicho que recoja todo lo mío, porque me van a poner en libertad.

He puesto mi cepillo de dientes en mi bolsillo. Carlos está fuera, en el patio...

X

Esta es una historia sin nudo.

Estuvimos esperando la caída de Málaga como se espera el último acto de una tragedia—y Málaga cayó sin que nos diéramos cuenta de ello.

Durante mis dos meses de incomunicación en Sevilla, contemplé a los jugadores de *football* del patio, sin saber que los fusilaban por la noche.

Dos veces, en un período total de veintiséis días, me torturé por hambre y sed; el fin que me proponía resultó innecesario cada vez, por un extraño cúmulo de circunstancias, y aquellos contra quienes libré esa silenciosa batalla, no llegaron a saberlo.

La muerte andaba de puntillas por el pasillo cambiando de paso, llamando aquí y allí, haciendo piruetas; sentí su aliento sobre mi rostro cuando la tenía a gran distancia y, a menudo, dormí y soñé mientras se inclinaba sobre mi lecho.

Esta es una historia confusa, sin nexo, ni nudo, ni desenlace. Los cadáveres no se amontonan, como es uso, al final del último acto, sino que yacen equitativamente repartidos aquí, allí y en todos lados.

Cuando sólo se me brindaban dos posibilidades, la cadena perpetua o la muerte, mi puerta se abrió de pronto, y entré titubeando en la libertad como un ciego en la luz.

Por las noches me despierto a menudo creyendo que estoy aún en el número 41 y que bajo mi ventana, en vez del Támesis en Shepperton, Middlesex, pasa la línea *tabú* del gran patio oscuro.

Sueño, aun con mayor frecuencia, que vuelvo al 41 en busca de algo que me deje allí. Una cosa u otra, no sé el qué.

¿Qué es lo que olvidé? Tengo que volver de nuevo y echar un último vistazo antes de que la puerta de acero se cierre; esta vez no sobre mí, sino detrás mío.

Las notas del último toque de trompeta en el patio suenan aún en mi oído.

Pronto se hará de noche y la tarde apenas ha comenzado. En este país llega la oscuridad en cuanto el sol se pone; en español no existe una palabra que exprese ese momento. Ese breve fulgor del ocaso que reemplaza a la tarde, no es el lento agonizar del día, sino el comienzo de la noche.

En este corto espacio, mientras las sombras se deslizan rápidamente contra los muros, llenando el patio de oscuridad, suena el último

(Continuará.)

La prensa facciosa ha dejado de ser española

La influencia germanoitaliana en la zona que aparentemente domina Franco es cada día más extensa. Los invasores acaparan los mandos militares, dirigen las industrias, intervienen las comunicaciones y rigen, de hecho, toda la vida ciudadana. Los himnos más estruendosos suenan como honores obligados cuando un mandarín cualquiera procedente de Roma, de Berlín o de Lisboa revista a sus nuevos súbditos.

De esta extranjerización no podían quedar libres los medios más eficaces de difusión y propaganda: la prensa y la radio. Una y otra están completamente entregadas a Italia y a Alemania. En «El Correo Español», de Bilbao; en el «Diario de Burgos»; en el «A B C», de Sevilla; en «El Norte de Castilla», de Valladolid; en «La Información», de Cádiz, se ven a diario convocatorias en alemán, anuncios y programas en italiano y hasta fados en portugués. «La Unión», de Sevilla, en un «patriótico afán de superación», llega a publicar diariamente una página en italiano, que no será precisamente para sus lectores de Triana.

Tales periódicos no publican del interior más noticias que las de «Logos», la vieja y mendaz

agencia de «El Debate», hoy sometida a los alemanes, puesto que es una hijuela de la D. N. B. (Agencia Oficiosa de Hitler). Del extranjero se surten, como es obligado, de la D. N. B. y de la Stéfani, la agencia de Mussolini. Toda noticia procedente de cualquier otro centro informativo es sistemáticamente desechada o, por lo menos, puesta en cuarentena.

La radio está también al servicio de los invasores. Los discursos de Hitler y Mussolini son retransmitidos por todas las emisoras nacionales y en bares, cafés y otros lugares públicos los ciudadanos españoles se ven obligados a soportar emisiones en italiano y en alemán, sin que se permita la menor muestra de incompreensión o desagrado. A veces terminan las radiaciones con estos tres gritos: «¡Saludo a Franco!», «¡Heil Hitler!», «¡Viva el Duce!».

La prensa y la radio en la zona facciosa son dos instrumentos de propaganda al servicio de los invasores que pretenden deshonrar a España. Después de todo, así tenía que ser. ¿Qué razón hay para que en un territorio donde todo es italiano y alemán no lo sean también las emisoras y los periódicos?

¿POR QUÉ COGIÓ EL FUSIL MR. FLINT?

Un episodio de la guerra civil española

Por MANFRED GEORG

Mister Flint era hijo de un minero inglés. Su ambición por llegar a ser algo en este mundo, que no ofrecía demasiadas posibilidades para el hijo de un camarada del País de Gales, lo llevó a Londres y allí hizo carrera, no sin antes renegar de sí mismo. Comenzó como repórter en un periódico socialista. Los periódicos burgueses le ofrecieron después otro cargo. Se le presentaba a los lectores como revelación de un «hombre del pueblo», y su estilo brillante, «así como su manera ágil de entretejer las áridas expresiones vulgares, que acreditaban su procedencia, lo hicieron «popular». En algunas polémicas sobre asuntos sociales, en los reportajes y en las encuestas, Flint obedecía ciegamente las indicaciones de sus superiores y, con criterio original, matizaba lo cotidiano y los resultados de sus indagaciones. Pronto los mejores sastres de la City trabajaron para él. Flint tenía un coche, una mujer rica y una respetable cuenta corriente en el Banco. Llegó a ser insubstituíble en la Redacción, porque en los artículos sobre las apasionadas cuestiones sociales nadie sabía como él utilizar argumentos, aparentemente justos, para las aspiraciones de los obreros y de los pequeños empleados, que eran los lectores del periódico. En realidad, él desviaba, paliaba, enmascaraba, era un caballero de industria en palabras y en conceptos.

A este mister Flint—su verdadero nombre no importa—lo escogió la Redacción del periódico para que fuese a España. No se le envió al lado de Franco. Simpatizaban con este general y por eso querían reportajes del campo republicano como solamente podía hacerlos Flint; no manifestamente adversos, pero eficazmente capciosos.

Mister Flint cumplía con su obligación. Nadie podía echarle en cara que hacía afirmaciones groseras y parciales contra el Gobierno de Azaña, sus tropas o su política. Lo que decía lo presentaba con excusas, falsa amistad y acusaciones encubiertas, de tal manera que en el cerebro del lector la alabanza se convertía en censura; la reserva, en oposición.

A principios de diciembre de 1936, Flint y otros periodistas fueron invitados por la Junta de Defensa de Madrid a visitar el frente en un barrio del oeste de la ciudad. Los periodistas habían de ver las nuevas posiciones de las milicias. No se esperaba ataque para ese día.

Mister Flint salió en un coche. Era un barrio relativamente castigado por las luchas y en el cual las fortificaciones y barreras llegaban hasta calles muy pobladas y llenas de animación. Las casas no estaban aún desalojadas.

Se aproximaron los visitantes. Flint anduvo un poco, se desentumeció en el aire hablado y como siempre estaba atento a los detalles, a las escenas de *human interest*, con las cuales adobaba sus artículos, llamó a unos cuantos niños. Separándose de la falda de su madre, vinieron hacia él dos niñas y un niño. El niño tenía ocho años; las niñas, poco más. Flint se inclinó hacia ellos, les dió galletas y bromeó

algo sobre los «malos aviadores».

Los niños le expresaron su gratitud por el obsequio. Le dieron la mano. Precisamente tenía Flint cogida la del chiquillo, cuando de repente se oyó muy cerca un ruido atronador. La gente huía. El niño se separó de Flint y corrió tras sus hermanas. En este momento, el «Junker» bajó, en aventurado descenso, casi hasta los tejados de las casas. Sonaron dos detonaciones horriblemente fuertes. Alguien que estaba al lado de Flint lo empujó hacia la pared de la casa. Le deslumbró un fulgor vivísimo. En la casa de enfrente crujieron y chascaron los muros al derrumbarse. Todo pasó al instante.

Cuando Flint se despertó de su medio desmayo y se sacudió el polvo del abrigo, su mano estaba húmeda. Asustado, la miró: estaba cubierta de sangre. En el mismo momento, a pequeña distancia, vió, ante él, en el empedrado, un zapatito, un hatillo indefinible de carne y de ropa; contiguos, dos cuerpos más de niños que apenas podían reconocerse. Cuando él, tembloroso y sin entenderlo aún todo, levantó la vista, se encontró con la cara de una mujer que, hincada en tierra, contemplaba a los tres niños muertos.

Aquello no era una cara. Era una máscara cuyos ojos y boca estaban horrorosamente desencajados. La mujer se apretaba el cuello con las manos, como si quisiera sacar con los dedos el grito, que quería escapar de su garganta. Pero éste no salía. Sólo un sollozo. Movía la lengua y jadeaba. La difícil respiración se trocaba en gemido. Vacilante, avanzó Flint unos pasos más, retrocedió. En este momento gritó la mujer como un animal, con tan atormentado chillido, que la voz casi se rompía.

Apenas pudo darse cuenta Flint de estos sonidos terribles, cuando, alrededor de él, se abrió un infierno. Caían bombas y más bombas. Impulsado por una corriente humana, cayó en las trincheras de los milicianos. El enemigo atacó. Resonaban trompetas y señales de alarma. Y antes de reponerse, Flint estaba al lado de unos soldados, detrás de una barricada de sacos terribles. Maquinalmente quiso levantarse, pero una mano le oprimió contra el suelo. Sobre él caía la metralla.

En pocos segundos, la lucha adquirió pleno desarrollo. Al lado de Flint estaba emplazada una ametralladora, el aceite brillaba sobre sus charnelas. Trepidando, escupía el cargamento de cintas por la pequeña abertura de la fajina.

Flint no era un héroe. Se agazapó como pudo. Un soldado de cierta edad, cuyo uniforme se componía de una manta que le colgaba sobre los hombros y en la que había hecho una abertura para la cabeza, le dió un fusil que se había deslizado de las manos de un caído.

Flint movió la cabeza. «Yo no soy combatiente—murmuró—. La ametralladora seguía crepitando. De repente, cesó. El tirador y el ayudante cayeron al suelo. Uno se contrajo convulsivamente; el otro se sostenía con ambas manos el vientre y rodó

encogido, a un lado. Un hombre, con un casco de acero y la manga izquierda vacía, se acercó cautelosamente a la ametralladora y la hizo funcionar otra vez.

Lanzó un juramento y empezó a manipular con la mano derecha. Flint, pálido, se apoyaba en unos maderos. Cuando el fuego enemigo se interrumpió un momento, preguntó:

—¿Inglés?

—Desde luego. ¿Y usted?

Flint pronunció el nombre de su periódico. El hombre con el casco de acero hizo una mueca.

El fuego enemigo se trasladó más hacia atrás; barría ahora los caminos de regreso. Flint, interrogativamente, levantó las manos. Pero el otro no se preocupaba de él.

—¿Se puede volver?—gimoteó Flint.

Un joven francés que estaba en cuclillas a su lado, sonrió.

—De estas trincheras nadie puede volver ya. Esto es solamente una pausa. Ahora se preparan para el ataque los de arriba. ¿No se fija usted que por detrás nos están bombardeando el camino?

Y otro soldado, que se estaba atando una polaina, añadió:

—Si usted es periodista, ahora tendrá una interesante «interview» con los marroquíes, «señor colega».

—¿También periodista?

El asombro de Flint sonaba ronco.

—Así es, Mr. Flint. Antes, en Viena. Pero hace mucho tiempo que estaba parado. Las circunstancias. Esta es mi estilografía. Desgraciadamente, un modelo antiguo.

Y señaló el miserable fusil, que tenía en la mano. Flint vió que casi todos los soldados tenían también armas de tipo viejo.

—¿Con esto queréis luchar?

—Luchamos con lo que tenemos—refunfuñó el compatriota de la ametralladora.

Tosió y sacó un pañuelo sucio del bolsillo. Una foto cayó al suelo. Había en ella una mujer con traje dominguero y dos niños que, sentados en cojines a su izquierda y derecha, la tenían abrazada. Flint se inclinó maquinalmente y entregó la foto al tirador.

—¿Abandonó usted a su familia? ¿Qué va a ser de ella?

—Escuche—dijo el otro—. Y, ¿qué pasaría con ella si nosotros no estuviésemos aquí? En estas trincheras defendemos a los niños y mujeres de toda Europa. ¿Ha visto usted lo que hacen los aviadores de Franco?

Flint asintió con la cabeza. El terrible cuadro de antes resurgió. Tuvo que pensar en su padre y hermanos, por los cuales no se preocupaba y que lo odiaban.

De repente Flint se puso lívido. Tuvo que devolver. Los soldados lo miraban con desprecio. ¿Sentía la necesidad de justificar su debilidad? Balbuceaba:

—Tres niños, tres niños pequeños. ¿Si ustedes lo hubieran visto!

Se cubrió los ojos con las manos.

Oyó entonces una voz ruda: —¿Lo hemos visto! ¿Lo hemos visto! ¿Lo hemos visto centenas de veces! En Badajoz amarraron grupos de tranquilos habitantes y entre ellos niños de doce años y madres con niños

de pecho en los brazos. Y los mataron con ametralladoras.

De otra parte llegó otra voz:

—En Toledo, un oficial de Franco sacó a mi hermana enferma de la cama y la entregó a su ordenanza marroquí. Más tarde, la encontramos mutilada en un montón de basura.

—Y a los niños de Getafe, ¿se olvidó usted de mencionarlos en su periódico, Mr. Flint? Era el inglés el que lo dijo y añadió: Treinta pequeños cadáveres destrozados, las cabezas abiertas, desgarrados los cuerpecitos.

Un oficial español de milicias se arrastró tras el parapeto. Sacó la colilla del cigarrillo de los labios y dijo:

—Yo tenía tres hermanos, de diez, doce y catorce años. En Vigo ataron a los tres juntos y los enterraron vivos. Mi padre tuvo que presenciárselo.

—Basta, quiso gemir Flint, cuando apareció entre ellos una mujer. Unas balas silbaron a su lado. La mujer cayó al suelo. Aterrado, reconoció Flint la madre de los tres niños que murieron junto a él. Ella parecía completamente tranquila, palpaba a su alrededor como si estuviera ciega, luego agarró la manga de Flint: «¿Ud. huyó?». Miraba hacia arriba. —No sé dónde están, él levantó los puños crispados y gritó: ¡Asesinos, asesinos! Y antes que nadie pudiera impedirlo,

arrancó la pistola al oficial y se abalanzó por el parapeto. No avanzó, se movió dos veces convulsivamente y quedó tendido sobre los sacos de arena. Sus pies bambolearon al lado de la cabeza de Flint. Se recogió su cuerpo y fué a cubrirse en un rincón.

En eso se estaba cuando sobrevino el ataque del frente y del aire simultáneamente. Detrás de una cortina de hierro y plomo los moros y los del tercio asaltaban la sección. Las fortificaciones se hundían como rotas por unas manos invisibles. La ametralladora había callado; con el inglés manco fué enterrada bajo la tierra y las vigas.

Flint recibió un fuerte golpe en los hombros y perdió el conocimiento. Cuando lo recobró, estaba con unos ocho hombres más, entre los cuales reconoció solamente al vienés, de cuya frente herida corría sin cesar la sangre sobre la cara. Dos moros con bayoneta vigilaban el grupo, sentados ante el muro de una casa. Un oficial, que se echó hacia atrás la gorra de falangista, tenía en la mano la documentación de los detenidos. El proceso era muy breve. El nombraba, el prisionero contestaba. Luego el oficial apretaba el gatillo y el sentado caía.

Mr. Flint era el último. El oficial miraba asombrado el carnet de periodista, que le quedó en la mano:

—¿Ciudadano inglés?

Flint asintió con la cabeza.

—¿No ha luchado?

Flint señaló su traje de paisano.

—Está usted libre—dijo el oficial.

Flint se levantó, su hombro le dolía terriblemente. Lo tocó con la mano derecha. Debía de estar atravesado de un tiro. Retiró la mano. La bala había rozado la tela, la carne y — Flint lo veía en este momento todo con exactitud — la estilografía. La mano

de Flint estaba manchada de sangre y tinta. Avanzó un paso y se oyó decir a sí mismo: «¡Canalla!».

El oficial le miró asombrado y se encogió de hombros. «No me voy a buscar complicaciones por su causa. Puede usted irse».

Pasadas unas semanas Mr. Flint logró volver al centro de Madrid. Encontró su habitación del hotel. De Londres llegaban cablegramas, pidiendo con impaciencia sus reportajes. El no contestaba. Se pasaba las horas en su pequeña y fría habitación. No oía el ruido atronador de los cañonazos lejanos, ni el de los anti-aéreos por la noche. Ni siquiera cuando sonaban las sirenas de alarma, salía del piso.

Los compañeros lo encontraron por fin. Le encontraron pegando en la pared las terribles fotos de los niños muertos, recortadas de los periódicos.

Se emborrachaba horriblemente. Durante el sueño gritaba y decaía cada vez más. La redacción telegrafió que tendría que mandar a un sustituto. El regaló su máquina de escribir a un hospital.

El sustituto llegó, le pidió el carnet. Al mismo tiempo le daba el dinero para el viaje. Flint se levantó de la silla. El joven compañero, le sonrió. Flint le asió de las solapas:

—¿Escribirás por lo menos la verdad?

El otro un poco zumbón frunció el ceño:

—Todos aprendimos de usted, Mr. Flint.

Se asombraba un poco al ver aquella figura encogida en un traje arrugado. No se figuraba así al célebre colega. Y seguía:

—¿Qué es eso de la verdad?

Flint le gritó:

—¿Lo que yo he visto! ¿Que aquí no hay guerra, sino asesinatos! ¿Que nosotros hemos mentido! ¿Que obedeciendo a los capitalistas, asesinamos aquí, por un sueldo, a la gente con nuestras mentiras!

El otro pensó: ¡Demonio, hay que ver como ha perdido éste la cabeza!, y dijo tranquilizador:

—Tiene usted que reponerse.

—No — contestó Flint en un tono más apaciguado—. Tiene usted que jurarme que escribirá la verdad sobre lo que vea aquí.

El otro se volvió. Vió un revólver en la mano de Flint. «Este viejo tonto se ha vuelto loco», pensó.

Flint levantó el arma:

—¿Jure usted!

«Tonterías», quiso contestar el otro, pero no había pronunciado aún la palabra cuando sonó el disparo. Después, silencio. Flint se fué.

Buscó a un oficial a quien conocía. Estaba completamente tranquilo: Le contó su historia, sin mencionar al hombre a quien mató, y terminó con estas palabras:

—Si en próximos días necesita usted alguien para alguna empresa, a la que haya que presentarse voluntariamente, le prometo bajo mi palabra de honor...

El oficial habló con un compañero que mandaba una sección en la ciudad Universitaria. Pocos días después Flint cayó cuando una patrulla cayó de cara al enemigo. En la mano derecha llevaba una pistola ametralladora sin cartuchos.

«Das Wort»